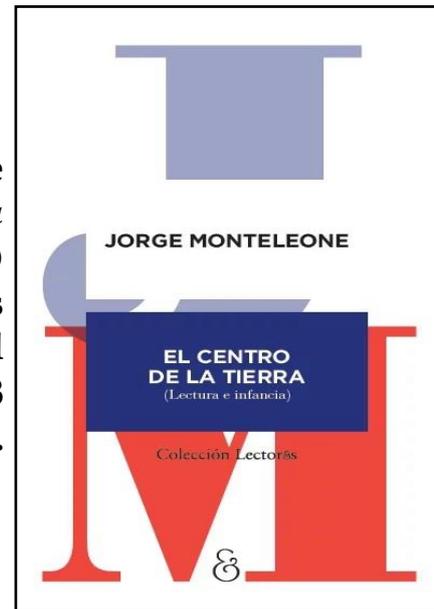




Haczek, Martín. "Reseña bibliográfica: Jorge Monteleone, *El centro de la tierra (Lectura e infancia)*".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2020, vol. 9, n° 18, pp. 219-222.

Jorge Monteleone
El centro de la tierra
(Lectura e infancia)
Buenos Aires
Ampersand
2018
224 pp.



Martín Haczek¹

Recibido: 22/12/2019

Aceptado: 01/02/2020

Publicado: 10/03/2020

En una carta enviada al crítico de cine Serge Daney y recopilada en *Conversaciones*, Gilles Deleuze escribió:

Ha llegado usted a ir al Japón en busca de Kurosawa para verificar cómo el viento japonés agita las banderas de Ran; pero, como ese día no hacía viento, constata usted en su lugar miserables eolios que — ¡milagro!— añaden a la imagen ese suplemento interior indestructible, en suma, esa belleza o ese pensamiento que la imagen conserva porque no existe sino en la imagen, porque la

imagen los ha creado (Deleuze 2006: 129).

Este fragmento presenta una definición posible de una palabra usada con bastante frecuencia; podríamos pensar, a partir de la anécdota narrada por el filósofo francés, que en ese cruce entre experiencia, memoria, arte y subjetividad se produce un acercamiento al significado de eso que llamamos cinefilia. No otra cosa sucede con la literatura, si nos tomamos la licencia de modificar en la cita la palabra “imagen” por “libro”. No obstante, el español no nos ofrece una opción lingüística asimilable. La voz *lectófilo*, aunque se adecúe a las pautas de formación de palabras de la morfología de nuestra lengua, no sólo no figura en el Diccionario de la Real Academia Española ni en el Diccionario Panhispánico de Dudas, sino que tampoco es de uso

¹ Estudiante de la carrera de Letras (UNMDP). Adscrito al área de Teoría literaria. Contacto: martin_haczek@yahoo.com.ar

corriente entre quienes hablamos español en cualquiera de sus variantes. Y lectores, en última instancia, somos todos los usuarios de la lengua escrita. La gradación en la intensidad del acto de leer —de la intensidad que ese acto implica en un trayecto biográfico concreto— supone, entonces, ir aparejado de modificadores que distingan entre quienes leen y entre aquellos para los cuales leer conlleva un acto vital, una experiencia que define una vida.

Con ese nombre (Lector&s), sin gradualidad alguna, la editorial Ampersand tituló la colección que incluye al libro de Jorge Monteleone *El centro de la tierra* (*Lectura e infancia*). Pero no se trata de cualquier tipo de lectores. La colección convoca a escritores, académicos y críticos a narrar sus historias de lectura, su experiencia personal en relación con la literatura. Y cada uno de ellos (varios de los cuales ya han sido reseñados en anteriores números de esta revista) lo hace mediante una articulación particular entre el ensayo, la narración y la autobiografía. Monteleone no escapa al perfil de autores que integra Lector&s: crítico, académico, periodista cultural, es investigador de CONICET, dirige la Maestría de Escritura Creativa en la Universidad de Tres de Febrero y fue organizador del Festival Internacional de Poesía de Buenos Aires entre 2015 y 2017. Su texto tampoco es la excepción en relación con sus compañeros de colección.

El libro cuenta con treinta y un capítulos que modulan entre los tres géneros mencionados anteriormente. La primera entrada, titulada “Libro”, nos presenta la forma de organización del texto: “Mi libro ideal debería ser así: puede comenzar en cualquier parte y ese comienzo sería aleatorio y no debería terminar nunca o debería recomenzar cíclicamente, de un modo igualmente aleatorio cada vez que el lector diera con el mismo capítulo” (9). Poco más adelante, afirma: “el libro tampoco debería estar completo, tendría un hueco, un vacío inmóvil: en *ese* vacío, inalcanzable, *está la*

infancia” (9).² Esta primera entrada advierte al lector de dos procedimientos constitutivos del conjunto de la obra. Si realizamos la operatoria de reordenar temporalmente los sucesos narrados por el autor comprobamos que parte del momento en que, a instancias de su madre, logra la dicción de las primeras letras y sílabas hasta su adolescencia, en la que lee un libro completo por primera vez. La escena iniciática, la pronunciación de las letras gracias al manual *¡Upa!* es narrada en el capítulo final. A su vez, la entrada citada, que abre el libro, es reproducida con ligeras variaciones de puntuación en el capítulo “Vuelta”, el anteúltimo de *El centro de la tierra*. Así, se construye textualmente ese “recomenzar cíclico” que Monteleone propone como rasgo de su libro ideal. Por otro lado, como es anunciado desde el título, el autor decide centrarse en la infancia como el momento constitutivo de su ingreso al mundo de la lectura. Apenas hay menciones pasajeras a su trayectoria académica o a sus lecturas de adultez, aunque se construya textualmente que ese es el dispositivo de enunciación del libro: el de una voz que vuelve a su infancia, con la mirada del adulto, para buscar allí el origen de una práctica que define toda una vida. Pero ésta no es narrada desde la certeza; por el contrario, es constantemente bordeada a través de anécdotas que, siempre, están asociadas a un relato, sea oral o escrito. Así, el libro no es un tratado sobre la infancia, sino una forma de contornearla mediante los pequeños retazos que la memoria adulta reconstruye a través de las lecturas. El propio autor expone en el quinto capítulo (“El acopio”) los modos de frecuentarla que se construyen a lo largo del libro:

¿cómo hablar de esa infancia? Allí está, intocada. Aparece por ráfagas, intermitente, cada vez más lejana. A diferencia de lo que se dice, siento

² Todos los resaltados del libro reseñado pertenecen al original.

que mi memoria la pierde con los años, que defeciona, que la confunde. No está aquí, no puedo asirla y todo lo que queda de lo que sucumbe es *aquello que leía*. No queda otro atajo entonces que leer la infancia *en* las lecturas [...] (29).

Mediante este movimiento, el par vida/literatura (o, como propone el título infancia/lectura) se vuelven un objeto único, ya no formado por dos partes separables entre sí. Escribir sobre la infancia, intentar rememorarla, no es sólo volver a las lecturas, sino que es en sí mismo una instancia de lectura: se lee la infancia en aquello que se leyó para intentar reconstruirla.

En el capítulo “El habla de las cosas”, se nos presentan distintas reflexiones sobre la infancia y la lectura ligadas a anécdotas de Proust y Stevenson. En ambos casos, se introduce un elemento que atraviesa una gran parte de los capítulos de *El centro de la tierra*: las experiencias de lectura (o escucha) de relatos ligadas a anécdotas o personajes familiares. Se trata, en efecto, de las reconstrucciones del ingreso a la lectura que el propio Monteleone lleva adelante en el resto del libro a partir del ejercicio de la memoria y la escritura. Con el transcurrir de los capítulos, el registro ensayístico deviene narrativo y da lugar a las experiencias propias: el relato narrado por su abuelo materno (“Lo inolvidable”); las anécdotas familiares vinculadas a las revistas *Billiken* y *Anteojito* y sus historietas (“Ella”); la biblioteca del cuarto de trabajo de su padre, lugar de descubrimiento de Poe, Verne, Baudelaire, la poesía y el rock –la poesía a través del rock–, de “El cuervo de Poe” a “Blackbird” de los Beatles (“Ritmo”); los dibujos animados y las historietas norteamericanas, *Bugs Bunny*, *Superman*, los *Looney Toones* (“Lectura de Bugs”; “El imitador de voces”; “*Superschlemihl*”).

La heterogeneidad de los objetos leídos es enorme: de los productos de la cultura popular en los años de la infancia, a

los primeros clásicos en la adolescencia – Verne, Dostoievski, Juan Ramón Jiménez, Cortázar, Borges y un largo etcétera. Pero, a la vez, la voz narrativa lee algunas fotos de su infancia, lee sus anécdotas, sus propios recuerdos, su historia familiar. El mundo se presenta, entonces, como un conjunto de objetos semióticos a ser revisitados, resignificados a partir de la misma práctica que se aprende en la relación con la literatura – “[...] yo nací a la lectura, el mundo es un objeto legible, escribo lo que leo” (51). En ese sentido, es interesante la decisión de Monteleone de incluir largos pasajes entre paréntesis en el cuerpo del texto. Estos, en general, actúan como instancias de análisis –es en ellos donde aparecen la mayoría de las citas teóricas: Agamben, Nietzsche, Jung, Lacan, Foucault, Arendt, entre otros– o de algún detalle aclaratorio, sea de contexto o de la historia familiar. Es en estos pasajes donde la voz adulta analiza, desarrolla, crea sentido a partir de la lectura, ya no de los textos literarios, sino de su propia infancia, volviéndose ella misma un texto. Claro ejemplo del funcionamiento de este pasaje son los tres capítulos que Monteleone dedica a las historietas de su padre que encuentra en una carpeta –“*Nonsense*”, “*Onirismo*” y “*Superschlemihl*”. A la fascinación de la lectura infantil la acompaña el redescubrimiento de géneros o conceptos teóricos que son reactualizados desde la mirada adulta: así, la lectura de *Jopito y Calvete* (traducción de la historieta *The Squirrel Cage* publicada por la revista *Billiken*) estará asociada al descubrimiento del género *nonsense* y es reactualizada en la lectura adulta del ensayo *Edward Lear* de César Aira; lo mismo sucederá con el concepto de onirismo, recibido de *Los sueños de Tito (Little Nemo in Slumberland)* y redescubierto en el cine de Fellini. Por su parte, *Superman* es leída, desde la mirada adulta, bajo la luz de la tradición judía y la producción teórica de Hannah Arendt. Los tres capítulos, que componen una serie articulada en torno al acercamiento a las lecturas de su padre, ponen en escena la

relación entre narración del momento de descubrimiento y lectura y la mirada distanciada de aquel pasado lejano, perdido, que Monteleone intenta reconstruir.

Como escribió Deleuze a Daney, Monteleone vuelve a la infancia como si fuese un territorio, pero lo que encuentra es menos un lugar real que la belleza o el pensamiento de eso que había sido construido mediante las lecturas. Allí podemos pensar, nuevamente, una definición de cinéfilo (o, en nuestro caso, lectófilo): aquellos para quienes la vida y el arte no son separables y forman un bloque de sensaciones unívoco, donde la distinción entre leer y vivir se suspende.

Obras citadas

Deleuze, Gilles. *Conversaciones*. Valencia, Pre-textos, 2006.